

autor

“Estamos enfermos de ideología,
de deseos de situar lo real bajo
el dominio de lo posible”

Gregorio Luri Medrano nació en Azagra (Navarra) en 1955, estudió Magisterio en Pamplona, y desde 1978 vive en Cataluña, en el Masnou. Es doctor en Filosofía por la Universidad de Barcelona y licenciado en Ciencias de la Educación. Fue Premio Extraordinario de Licenciatura en Ciencias de la Educación y Premio de Doctorado en Filosofía. Ha trabajado como maestro de primaria, como profesor de Filosofía en bachillerato y también ha sido profesor universitario en la Universidad Complutense de Madrid.

Luri ha publicado muchos libros de filosofía y de pedagogía, entre los cuales destacamos *La escuela contra el mundo* (2008), *Por una educación republicana* (2012), *Vale más educar. Consejos para los padres, a favor del sentido común* (2014), *Elogio de las familias sensatamente imperfectas* (2017), *El deber moral de ser inteligente: conferencias y artículos sobre la educación y la vida* (2018) y su último libro *La escuela no es un parque de atracciones* (2020).

> Es autor del blog
<https://elcafedeocata.blogspot.com/>



por Jordi Viladrosa i Clua

ENTREVISTA A GREGORIO LURI

En *Vale más educar* ofrecía consejos a los padres a favor del sentido común. ¿Ha perdido el sentido común, la escuela actual?

Mi pretensión –que quizás no haya transmitido siempre bien– no es la de ofrecer consejos a los padres, sino ayudarles a poner en valor el sentido común que ya tienen, animarles a no alquilar su responsabilidad a un especialista. Hacerles ver que no hemos inventado nosotros la familia. Respecto a su pregunta, creo que hay en la modernidad un intento permanente de someter la realidad a los esquemas de determinadas teorías que tienen una imagen instrumental del hombre. El sentido común es el intento de respetar la realidad para poder responder a sus retos con prudencia. Estamos enfermos de ideología, de deseos de situar lo real bajo el dominio de lo posible.

Su último libro, *La escuela no es un parque de atracciones*, es una crítica optimista del sistema educativo actual. Afirma que hay que reducir tanto como se pueda la distancia entre la ignorancia y el conocimiento poderoso. Explíquenos qué tenemos que

entender por “conocimiento poderoso”.

Si mi intención con las familias es ayudarlas a poner en valor el sentido común que ya tienen, mi intención con los docentes es ayudarles a desarrollar prácticas reflexivas, porque no hay mejor método que un docente que sabe por qué hace en cada momento lo que hace y está dispuesto a aprender de su realidad y de la realidad de sus compañeros. En cuanto al conocimiento poderoso es, exactamente, aquel que esperamos que tenga el fontanero, el dentista, el cirujano o el mecánico a quien recorreremos en una urgencia. Entonces no nos basta con su buena actitud. Queremos rigor y garantías. Es el conocimiento que posee el experto y que desea lograr el aprendiz ambicioso. En última instancia, el conocimiento poderoso se pone de manifiesto en la competencia lingüística de una persona, porque nuestro lenguaje es nuestra cultura en acto.

¿Está actualmente en crisis la didáctica o, más todavía, la pedagogía? ¿Ha ocupado su lugar la neurociencia?

La pedagogía moderna sufre un

“El conocimiento poderoso se pone de manifiesto en la competencia lingüística de una persona, porque nuestro lenguaje es nuestra cultura en acto.”

complejo del que parece incapaz de curarse. Querría ser una ciencia sin comprender que es algo más: es un arte. Para acceder a la categoría de ciencia se ha ido rindiendo a la psicología, a la economía, a la tecnología, a la neurociencia y a todo aquello que le prometa, con una apariencia de neutralidad axiológica, garantías de buenos resultados. Tales garantías no existen. No hay métodos que garanticen un éxito en el cien por cien de los casos. Un método bueno podría, por ejemplo, tener éxito en el 80% de los casos. Esto significaría que, generalizando los datos estadísticos, en un aula de 20 alumnos, el profesor tendrá que encontrar métodos alternativos para 4 alumnos. En el fondo la crisis de la didáctica pone de manifiesto su carencia de una antropología seria que la sustente.

¿Quién construye aquello que en otros ámbitos se denomina “relato” en materia de educación en Cataluña y en España?

Si osamos mirar la realidad frente a frente, veremos enseguida que la diferencia entre los discursos pedagógicamente correctos (los relatos de moda) y las prácticas

“Los nuevos docentes llegan a las aulas conociendo varias metodologías innovadoras, pero desconociendo a los alumnos y la contundencia de lo humano.”

efectivas, es enorme. En Cataluña estamos teniendo ejemplos dignos de atención. Cuando el deseo de lo posible se aleja de lo factible, se pierde el sentido de la realidad y se acaba cayendo en la hipocresía. Vivimos un momento de esplendor de la hipocresía pedagógica. Pero en pedagogía todo lo imposible es inmoral. Entonces ¿por qué se han puesto de moda determinados relatos pedagógicos *New age*? Por varias razones: por la fuerza de la novolatría (el culto a la novedad, que sustituye el respeto a lo bueno); por la necesidad de singularizar los centros en tiempos de descensos demográficos pronunciados; por miedo al futuro (nadie quiere quedarse atrás); por el sueño de proporcionar una educación que exima al alumno del esfuerzo; por un desprestigio pedagógicamente suicida de la memoria; por una sobrevaloración de la experiencia (que no define nunca qué es, exactamente, una experiencia pedagógica), etc.

¿Podemos afirmar que la innovación educativa de nuestras escuelas e institutos tiene buena salud? ¿Se tiene suficientemente en cuenta la experiencia antes de

validar una nueva metodología?

A mí me interesa muy poco lo nuevo que sea solo nuevo. Me interesa lo bueno, sea nuevo o viejo. Creo, por ejemplo, que el diálogo socrático continúa siendo una metodología muy valiosa si queremos lograr una representación fiable de nuestra ignorancia. Conozco maestros que hacen maravillas repartiendo una pizarra de vileda para cada niño y conozco centros altamente tecnologizados a los que yo no llevaría a mis nietos. La cuestión importante es la de saber si hay o no permanencias antropológicas. Yo creo que sí y que, de hecho, las tecnologías son prótesis antropológicas que amplifican lo que ya somos. Y esto que somos tiene más estabilidad de la que algunos sospechan. La innovación tiene sentido cuando se sabe con claridad el modelo de persona que guía nuestra acción y la escuela dispone de una trayectoria muy definida; no tiene sentido cuando se convierte en un fin en sí misma y la escuela va dando tumbos en su investigación de lo más nuevo.

En algún momento usted ha afirmado que “no son los métodos

por si mismos los que generan confianza o desconfianza, sino los maestros que los aplican”. ¿No le parece que muchos profesores se encuentran en las aulas una realidad para la cual no han recibido suficiente formación?

Tengo, efectivamente, la sensación de que los nuevos docentes llegan a las aulas conociendo varias metodologías innovadoras, pero desconociendo a los alumnos y la contundencia de lo humano. Me encuentro con muchos profesores sorprendidos porque los alumnos no están a la altura de su ideal pedagógico. El de docente es un oficio exigente. Muy exigente. Y por eso mismo el primer deber de un docente es el de conocer su oficio.

Un eje transversal en muchas de sus obras es un humanismo que bebe más de la fuente de los valores que se aprenden en el contexto familiar que no entre las paredes de una escuela. ¿Qué imperfecciones tendría que pulir la escuela actual?

La escuela es una institución noble e imperfecta. Puede perder su nobleza, pero no su imperfección. Por eso nuestro compromiso tiene que ser



intentar hacerla cada vez algo menos imperfecta. Esto es imposible si se limita a evaluarse a sí misma no por la altura de sus pretensiones, ignorando la realidad de la conducta de sus alumnos. Los valores de una escuela o se manifiestan en la conducta de sus alumnos o son solo retórica. Y si no hay valores, no hay escuela. Fijaos lo que pasa con la educación emocional: las emociones no pueden educarse a sí mismas. Hacen falta valores que las ordenen, jerarquicen y, también que las repriman. Sin el papel director del valor, la educación emocional deriva pronto hacia el emotivismo.

Muchos pedagogos –pienso que usted no es una excepción– dan mucha importancia a la evaluación. En su libro afirma que “nos falta una cultura sistemática de la evaluación y de la transparencia”. ¿Nos lo puede explicar?

Yo tengo una visión clínica de la pedagogía. Por eso creo en la relevancia del buen diagnóstico para poder establecer un tratamiento correcto de cada alumno que le permita visualizar sus posibilidades más altas. Pero la evaluación es una tarea profesional. Del mismo modo

que no vamos al médico a que nos diga que estamos suspendidos en salud, no vayamos a la escuela a que nos asegure el profesor que hemos fallado en estas preguntas y tenemos un 3 en matemáticas. Lo que le hemos de exigir al profesor es que sea capaz de hacerle explícita al alumno la lógica inherente a sus errores. El niño siempre da la respuesta correcta a la pregunta que se hace él mismo. La diferencia entre la pregunta que ha hecho el profesor y la comprensión de la misma por parte del alumno nos indica la carga cognitiva de un aprendizaje concreto. No podemos saber de qué hablamos si no tenemos datos sobre todo esto. Otro ejemplo: la velocidad lectora de un alumno es un índice muy preciso de su competencia lectora. ¿Podemos, entonces, permitirnos el

lujo de no evaluarla?

Una última pregunta: la pandemia de la Covid-19 ¿es una oportunidad para redescubrir aquello que es esencial en educación?

La pandemia ha puesto de manifiesto algunas cosas elementales y muy relevantes, por ejemplo, que no hay sustituto para la relación directa entre el profesor y el alumno. Por eso los recursos telemáticos más eficaces han sido los que mejor han visualizado esta copresencia. Por ejemplo, el teléfono. Hemos visto también que la enseñanza telemática afecta de manera muy diferente los alumnos de diferentes edades y de diferentes medios culturales. Todo esto lo tendríamos que poder evaluar con rigor porque bien podría ser que el curso que viene sea cómo este.

“Las emociones no pueden educarse a sí mismas. Hacen falta valores que las ordenen, jerarquicen y también que las repriman.”